

PALABRAS PARA ÁLVARO-

Ed. Fundación Libertas 7 (2009)

ÁLVARO NOGUERA, UN HOMBRE DE BIEN

Por Gregorio Marañón

Paginas 190-192

Al escribir sobre su figura, cuando aún parece reciente su repentina muerte, siento renovarse el sobrecogimiento que sentí en aquella reunión del Consejo de PRISA a la que nunca llegaría. Evocarle duele, pues nos apercebimos de lo mucho que nos falta.

Álvaro fue un español comprometido desde su temprana juventud con la recuperación de nuestras libertades, militando en las filas democristianas de Unión Democrática del País Valenciá, esto es, en la oposición a la dictadura. Con su compromiso político, inequívocamente democrático, se comprende que fuera uno de los fundadores del periódico El País, convirtiéndose también en uno de sus principales accionistas. Desde su posición, apoyó incondicionalmente a Jesús de Polanco en su viaje empresarial para

hacer, a partir del periódico, el primer grupo de comunicación en español.

Fue un importante hombre de negocios, que aportó al quehacer empresarial su visión liberal, moderna y socialmente comprometida. No reiteraré aquí los hitos de su importante trayectoria, que aparecerán en otro lugar de esta publicación, pues sólo deseo, con unos trazos, explicar el fundamento de la admiración y simpatía que sentí, y siento, por su persona, y que dieron lugar a una amistad que siempre valoré altamente.

Mi amistad hacia Álvaro está trenzada de diversas coincidencias personales. Aunque algo mayor que yo, pertenecíamos a la misma generación; también yo milité en las filas democristianas de oposición a la dictadura; y, finalmente, ambos nos encontramos en PRISA, a donde acudimos atraídos por la misma llamada romántica. Con El País queríamos impulsar el cambio político, y aunque pronto nos dimos cuenta de la propia magnitud empresarial del empeño, estuvimos convencidos de que ante todo debía prevalecer la independencia del medio y su línea programática. En efecto, Álvaro y yo, como comentamos tantas

veces, al igual que el resto de nuestros compañeros del Consejo, estábamos de acuerdo en este punto esencial: lo que nos llevó a El País, esa razón romántica a la que he aludido, debía mantenerse siempre vigente. También en esto seguíamos los pasos que marcó Jesús de Polanco.

Nos unía algo más, que comentábamos a veces. En la España autonómica las vinculaciones territoriales otorgan una segunda carta de naturaleza; la de Álvaro era, naturalmente, la valenciana, y a fe que también sirvió ejemplarmente a su segundo país. Él sabía, por sus conocimientos históricos, el origen valenciano de mi familia materna, que jugó un papel decisivo en la Guerra de la Independencia, y esta remota referencia constituía otro vínculo de nuestra relación amistosa.

En PRISA, donde más le traté, solíamos sentarnos juntos. Me impresionaba que durante las sesiones del Consejo no dejaba un momento de tomar apuntes sobre el curso de la reunión, con una letra apretada, pequeña y ordenada. Estoy convencido de que sus “actas” officiosas constituyen un testimonio excelente para conocer lo que fueron nuestras reuniones, y, por tanto, la historia de PRISA,

pues, por supuesto, eran mucho más explícitas que las actas oficiales. Su hija Agnes, que ha reemplazado tan excelentemente a su padre en la dirección de los negocios familiares, y también en sus puestos en PRISA, mantiene la misma costumbre. También nos sentamos al lado, y no he podido reprimir la curiosidad de echar, desde lejos, alguna ojeada sobre sus cuartillas. Me parecen más cortas que las de su padre y algo más numéricas. Intuyo que son más empresariales y menos políticas, como corresponde a los tiempos que corren, una vez consolidada la democracia.

Por último, nos unía nuestra decidida francofilia: en su caso, además, inspirada por Agnes, su mujer, que, sin duda, ha sido la persona más importante de su vida.

Álvaro Noguera fue un hombre de bien, un hombre bueno, inteligente y culto, uno de esos españoles importantes que contribuyeron a reinstaurar la democracia y a construir un país más habitable y próspero. El tintineante gesto sonoro, entre la sonrisa y la risa, con el que acompañaba sus palabras, marcaba al tiempo una simpatía cercana y la distancia que impone la ironía. ¿Cuál era, en cada momento, tras ese tic que le caracterizaba, su verdadero

sentimiento? Nos lo decía siempre con la mirada, que también traslucía la gravedad de su persona y lo entrañable de su afecto.

Gregorio Marañón y Bertrán de Lis, marqués de Marañón.